

NOTICIAS SECRETAS Y P



PUBLICAS DE AMERICA

Edición de
Emir Rodríguez Monegal



11. Gaspar de Carvajal: *Encuentro con las amazonas*

Muchos de los primeros visitantes del Nuevo Mundo descubrieron maravillas de las que sólo habían oído hablar (ver selección 5). El padre dominico Fray Gaspar de Carvajal (nacido en España, 1504) fue uno de los pocos que realmente creyó haber visto uno de los prodigios del mundo clásico: las auténticas amazonas de la leyenda.

Carvajal ya tenía treinta y un años cuando llegó al Perú y participó en la fatal expedición de Gonzalo Pizarro al País de la Canela, una de las tierras fabulosas del Nuevo Mundo. (Según otra versión, Pizarro buscaba otra tierra de fábula: El Dorado, cuya verdadera historia está contada por Rodríguez Freile en sus crónicas. Antes de completarse la primera expedición, Carvajal abandonó la de Pizarro y siguió a Francisco de Orellana y a sus cincuenta y seis compañeros en la búsqueda de una salida al Océano Atlántico, siguiendo el curso de un río que ahora se llama de las Amazonas. Su crónica o *Relación* fue publicada en 1542 y constituye una epopeya menor, escrita en estilo di-

recto. Tardaron nueve meses de intolerable dureza y recorrieron más de dos mil millas, peleando casi constantemente con las tribus hostiles que marginaban el río, para descubrir que sus cálculos originales eran extraordinariamente optimistas. Para Carvajal, el descomunal error de Orellana era menos importante que los prodigios que esperaba ver y que, finalmente, logró ver. Su mente estaba condicionada (como la de Colón o la de Oviedo, selecciones 1 y 5) por los mitos del Renacimiento. Por eso le resultó fácil identificar con las amazonas de la fábula a algunas atrevidas guerreras indígenas que atacaron la expedición. «Las vimos con nuestros propios ojos», llegaría a afirmar rotundamente. Hay cierta ironía simbólica en el hecho de que, en esa lucha, Carvajal perdiese un ojo, atravesado por una flecha.

Imperturbable, Carvajal siguió tomando notas. Al fin y al cabo, lo que había visto bien valía un ojo. Su crédula *Relación* ayudó a reforzar la fe europea en las inagotables maravillas del Nuevo Mundo.

La buena tierra y señorío de las amazonas

De esta manera íbamos caminando, buscando algún apacible asiento para festejar y regocijar la fiesta del glorioso y bienaventurado San Juan Bautista, y quiso Dios que, en doblando una punta que el río hacía, vimos costa adelante muchos y muy grandes pueblos que estaban blanqueando. Aquí dimos de golpe en la buena tierra y señorío de las amazonas. Estos pueblos estaban avisados y sabían de nuestra ida, por lo que salieron a recibirnos al camino por el agua no con buena intención. Y, como llegaron cerca, el capitán quiso ir en son de paz, de modo que comenzó a llamar y hablar; pero ellos se reían y hacían burla de nosotros: se nos acercaban y nos decían que anduviésemos, que allí abajo nos aguardaban y que allí nos habían de tomar a todos y llevarnos a las amazonas. Y con esto se fueron a dar la nueva de lo que habían visto. Nosotros no dejamos de caminar y acer-

1

carños a los pueblos y, antes de que llegásemos, a media legua, había a trechos por la lengua del agua muchos escuadrones de indios, y, a medida que íbamos andando, ellos se iban acercando y juntando a sus poblaciones. En medio de este pueblo había gran cantidad de gente hecha un escuadrón. El capitán mandó que fuesen los bergantines a abordar a donde estaba aquella gente para buscar comida. Así fue como, al acercarnos a tierra, los indios comienzan a defender su pueblo y a flecharnos. Como la gente era mucha, parecía que llovía flechas, pero, aunque con algunos tiros de los arcabuzes y ballestas se les hacía algún daño, andaban unos peleando y otros bailando. Aquí estuvimos a punto de perdernos todos, porque, como había tantas flechas, nuestros compañeros tenían harto que hacer en ampararse de ellas sin poder remar. A causa de ello nos hicieron daño, y, antes que saltásemos en tierra nos hirieron a cinco, de los cuales yo fui uno; me dieron un flechazo por una ijada que me llegó a lo hueco, y, si no fuera por los hábitos, allí habría quedado. Visto el peligro en que estábamos, comienza el capitán a animar y dar prisa a los de los remos para que abordasen, y así, aunque con trabajo, llegamos a abordar y nuestros compañeros se echaron al agua, que les daba a los pechos. Aquí hubo una muy peligrosa refriega, porque los indios andaban mezclados con nuestros españoles y se defendían tan animosamente que era cosa maravillosa de ver. Andúvose en esta pelea más de una hora, pues los indios no perdían ánimo, aunque parecía que de continuo se les doblaba. A pesar de que veían a algunos de los suyos muertos y pasaban por encima de ellos, no hacían sino retraerse y tornar al ataque. Quiero que sepan por qué estos indios se defendían de tal manera. Han de saber que ellos son sujetos y tributarios de las amazonas y, al saber nuestra venida, fuéronles a pedir socorro, y vinieron hasta diez o doce, pues a éstas vimos nosotros; andaban peleando delante de todos los indios, como capitanes, y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaban volver las espaldas. Al que las volvía, delante de nosotros le mataban a palos: ésta es la causa por la que los indios se defendían tanto. Estas mujeres son muy altas y blancas, y tienen el cabello muy largo y trenzado y revuelto en la cabeza: son muy membrudas, andaban desnudas, en cueros, y tapadas sus vergüenzas; con sus arcos y flechas en las manos, hacen la guerra como diez indios, y en verdad que hubo muchas de éstas que metieron un palmo de flecha por uno de los bergantines, que hasta parecían nuestros bergantines puerco espín. Tornando a nuestro propósito y pelea, fue Nuestro Señor servido de dar fuerza y ánimo a nuestros compañeros para matar a siete u ocho, de las amazonas, pues a estas vimos. Por esto los indios desmayaron, fueron vencidos y desbaratados con harto daño de sus personas. Y porque venía de los otros pueblos mucha gente de socorro, tenían que volver; y porque ya se tornaba a llamar a las armas, mandó el capitán que a muy gran prisa se embarcase la gente, ya que no quería poner a riesgo la vida de todos. Y así se embarcaron, no sin zozobra, porque ya los indios tornaban a comenzar a pelear y, más que por agua, venían en muy gran flota de canoas, de modo que nos hicimos a lo largo del río y dejamos la tierra.

Tenemos andadas mil y cuatro leguas, antes más que menos, desde que salimos de donde dejamos a Gonzalo Pizarro y no sabemos lo que hay de aquí a la mar. En el pueblo ya mencionado se tomó a un indio que era trompeta y andaba animando la gente; sería de edad treinta años, y, al tomarle, comenzó a decir al capitán muchas cosas de la tierra adentro, por lo que éste le llevaba consigo. Hechos, como dije, al largo del río, nos dejamos ir al garette sin remar, porque nuestros compañeros estaban tan cansados que no tenían fuerza para tender los remos. E, yendo por el río, cuando aún no habíamos andado un tiro de ballesta, descubrimos un pueblo grande, en el cual no aparecía gente, por lo que todos sus compañeros pidieron al capitán que fuese allá y tomáramos alguna comida, pues en el pueblo pasado no nos la habían dejado tomar. El capitán les dijo que no quería y que, aunque les parecía que no había gente, de allí se habían de guardar más que de donde claramente lo veíamos, de modo que, juntamente con todos los compañeros, se lo pedimos de merced. Y, aunque habíamos ya pasado el pueblo, el capitán, concediendo su voluntad, mandó volver los bergantines y, como íbamos costeano la tierra, los indios estaban escondidos en la celada entre las arboledas, repartidos por sus escuadrones y estancias, para tomarnos en celada. Y así, yendo junto a tierra, nos acometieron y comenzaron a flechar tan bravamente que los unos a los otros no nos veíamos. Mas, como veníamos precavidos desde Machaparo de buenos paveses, como hemos dicho, no nos hicieron tanto daño como habrían podido hacernos si no viniéramos armados de tal defensa, y de todos en este pueblo no hirieron sino a mí. Permitió Nuestro Señor que me diesen un flechazo por un ojo, que me pasó la flecha al cogote; de la herida perdí un ojo y voy con fatiga y dolor, puesto que Nuestro Señor, sin yo merecerlo, me ha querido otorgar la vida para que me enmiende y le sirva mejor que hasta aquí. En este medio tiempo, habían ya saltado a tierra los españoles que venían en el barco pequeño, y, como los indios eran tantos, teníanlos cercados. De no ser porque el capitán los socorrió con el bergantín grande, se habrían perdido y se los habrían llevado los indios; esto habría ocurrido antes que llegase el capitán de no ser que dieran tan buena maña y pelearan con tanto ánimo, aunque ya estaban cansados y puestos en muy grande aprieto. El capitán los recogió y, como me vio herido, mandó embarcar a la gente. Así se embarcaron, porque la gente era mucha y estaba muy encarnizada, ya que no la podían sufrir nuestros compañeros; el capitán temía perder a algunos de ellos y no los quería exponer a tal aventura, porque bien sabía y se le traslucía la necesidad que había de tener de ayuda, según la tierra era poblada. Convenía también conservar las vidas de todos, porque no discrepaba un pueblo de otro a distancia de media legua, y menos en toda aquella banda derecha del río, que es a la banda del sur. Y debo añadir que, tierra adentro, a dos leguas más o menos, aparecían muy grandes ciudades que estaban blanqueando; que, además, la tierra es tan buena, tan fértil y tan al natural como la nuestra España, porque nosotros entramos en ella por San Juan e ya comenzaban los indios a quemar los campos. Es tierra templada, donde se cogerá mucho trigo y se criarán



*Antropólogo
norteamericano en la
selva brasileña, hacia
1930, en busca de las
inquietantes amazonas*

todas las frutas; está, además, preparada para criar cualquier ganado, porque en ella hay muchas yerbas, como en nuestra España, como el orégano, el cardo de unos pintados, el arrayán y otras muchas yerbas muy buenas. Los montes de esta tierra son enzinales, alcornoques, que llevan bellotas, y robledales porque nosotros los vimos. La tierra es alta y hace lomas, todas de sabana. La yerba es no más alta que la rodilla. Hay muy mucha caza de todo género. Volviendo a nuestro camino, el capitán mandó que nos saliésemos a medio río para huir de la zona poblada, que era tanta que daba miedo. Llamamos a esta provincia la provincia de San Juan porque en su día entramos en ella, porque yo había predicado por la mañana viniendo por el río en alabanza del glorioso y santo precursor de Cristo y porque tengo por averiguado que, por su intercesión, me otorgó Dios la vida. Salidos a medio río, los indios, por el agua, fueron en nuestro seguimiento, porque el capitán mandó atravesar hacia una isla despoblada, y hasta la noche no nos dejaron los indios. Llegamos a la isla a más de las diez horas de la noche, y el capitán mandó que no saltásemos a tierra porque podría ser que los indios diesen sobre nosotros, y pasamos la noche dentro de nuestros bergantines. Venida la mañana, el capitán mandó que caminásemos con mucha orden hasta salir de esta provincia de San Juan, que tiene más de 150 leguas de costa pobladas de la manera dicha. Otro día, a 25 de junio, pasamos por entre unas islas que pensamos que estaban despobladas. Pero, después que nos hallamos en medio de ellas, fueron tantas las poblaciones que en las dichas islas aparecieron y vimos que nos pesó, pues, al vernos, salieron al río hacia nosotros cerca de doscientas piraguas, cada una con 20 y 30 indios, y algunas con 40 (de éstas hubo muchas). Venían muy lucidas con diversas divisas y traían muchas trompetas, tambores y órganos, que tañen con la boca, y rabes que tienen tres cuerdas. Venían con tanto estruendo y gritos, y con tanta orden, que estábamos espantados. Cercáronnos ambos bergantines y aco-

metiéronnos como hombres que pensaban llevarsenos. Pero salióles al revés, pues nuestros arcabuceros y ballesteros, que eran muchos, les pararon los pies y los mantuvieron a raya. En tierra era cosa de maravilla ver los escuadrones que estaban en los pueblos, tañendo y bailando todos, con palmas en las manos, mostrando muy grande alegría en ver que nos pasábamos de sus pueblos. Estas islas son altas, aunque no mucho, y de tierra rasa, muy fértil, al parecer, y tan alegres de vista que, aunque íbamos trabajados, no dejábamos de alegrarnos. Esta isla, que es la mayor, la fuimos costeando; tendrá de largo cincuenta leguas, está en medio río, pero el ancho no sabremos decirlo.

Los indios nos fueron siguiendo siempre hasta echarnos de la provincia de San Juan, que, como he dicho, tiene 150 leguas y que pasamos con mucho trabajo y hambre, pues, aparte la guerra, como era muy poblada, no hubo lugar donde saltar a tierra. Por toda esta isla nos acompañaron siempre los dichos piraguas en nuestro seguimiento, acometiéndonos cuando se les antojaba y, como gustaban a lo que sabían nuestros tiros, íbannos acompañando a trechos. Al cabo de esta isla estaba aún mucho más poblado, por lo que salieron de refresco muchas más piraguas a acometernos. Aquí, el capitán, viéndose en muy gran aprieto y deseando la paz con aquella gente, con el fin de que pudiéramos tomar algún rato de descanso, acordó hablar y requerir a los indios con la paz. Para atraerlos mandó echar en una calabaza cierto rescate y arrojarla al agua; los indios la tomaron, pero tuviéronlo en poco y hacían burla de ello. No por ello dejaron de seguirnos hasta echarnos de sus pueblos, que, como hemos dicho, eran muchos. Esta noche llegamos a dormir, ya fuera de lo poblado, a un robledal que estaba en un gran llano junto al río, donde no nos faltaron temerosas sospechas por los muchos caminos tierra adentro hacia lo poblado; el capitán estuvo esa noche con muy gran aviso y recaudo, para guardarse de lo que le podía suceder.

Noticias de las amazonas

En este asiento, el capitán llamó al indio que había tomado más arriba, porque ya lo entendía por un vocabulario que había hecho, y le preguntó de dónde era natural. El indio dijo que de aquel pueblo de donde le habían tomado. El capitán le preguntó cómo se llamaba el señor de aquella tierra, y el indio respondió que se llamaba Quenyuc y que era muy gran señor, que señoreaba hasta donde estábamos. El capitán le tornó a preguntar qué mujeres eran aquéllas que nos habían salido a dar guerra, y el indio dijo que eran una mujeres que residían tierra adentro, a cuatro o cinco jornadas de la costa del río, y que por este señor ya dicho, sujeto a ellas, habían venido a guardar la costa de nosotros. El capitán le tornó a preguntar si esas mujeres eran casadas y tenían marido; el indio dijo que no. El capitán le tornó a preguntar de qué manera vivían; el indio dijo que, como había dicho, estaban tierra adentro, que él había estado allá muchas veces y había visto su trato y vivienda, y que, como su vasallo, iba a llevarles el tributo cuando el señor lo enviaba. El capitán preguntó si esas mujeres eran muchas; el indio dijo que sí, que él sabía por nombre setenta pueblos, que en algu-

nos había estado y contólos delante de los que allí estábamos. El capitán le preguntó si esos pueblos eran de paja; el indio dijo que no, que eran de piedra con puertas, y que de un pueblo a otro había caminos cercados de una parte y de otra; a trechos se abrían puertas donde había guardas que cobraban derechos a los que entran. El capitán le preguntó si esos pueblos era muy grandes; el indio dijo que sí. Y el capitán le preguntó si esas mujeres parían; él dijo que sí, y el capitán dijo que cómo, no siendo casadas ni residiendo hombres entre ellas, se preñaban; el indio respondió que esas mujeres están con hombres a temporadas y que, cuando les viene aquella gana, de cierta provincia que confina con la de ellas y pertenece a un muy gran señor, vienen blancos, excepto que no tienen barbas, a tener parte con ellas. El capitán no pudo entender si venían de su voluntad o por guerra, y si están con ellas cierto tiempo y después se van. Las que quedan preñadas, si paren hijo, dicen que lo matan o lo envían a sus padres; si es hembra, la crían con muy gran regocijo, y dicen que todas estas mujeres tienen a una señora principal a quien obedecen, que se llama Coroni. Dicen que tienen muy grandísima riqueza de oro y que todas las señoras de manera y mujeres principales se sirven con grandes vajillas de oro y que las demás mujeres plebeyas se sirven en vasijas de barro y palo. Dicen que, en la ciudad donde reside la dicha señora, hay cinco Casas del Sol donde tienen a sus ídolos de oro y de plata en figuras femeninas y muchas más vasijas que les han sido ofrecidas. Estas casas, desde el cimientado hasta medio alto, están todas recubiertas de plata, y sus asentaderos, también de plata, están adosados a las paredes; ahí se sientan cuando van a hacer sus borracherías. Estos adoratorios y casas las llaman los indios *carana* y *ochisemomuna*, que quiere decir Casas del Sol. Los techos de estas casas están aferrados de plumas de papagayo y de guacamaya de muchos colores. Dicen que estas mujeres andan vestidas de ropa de lana, porque, al parecer, hay muchas ovejas de las del Perú, y que andan todas con mucho oro encima. Dicen que el oro se llama *paco* y la plata *coya*. También, según entendimos, hay camellos y otros animales que son muy grandes y que tienen una trompa, pero que de éstos hay pocos. Dicen que hay en esta tierra dos pequeñas lagunas de agua salada, que hacen sal. Dicen también que tienen una orden según la cual, al ponerse el sol, los indios que vienen a contratar y a traer sus tributos han de salir fuera de las ciudades, y que tienen a muchos señores a ellas sujetos, cuyos nombres son los siguientes: Rapio y Yagnares-torono, que son grandes señores y también confinan con otros que tienen guerra. Todo lo que ha dicho ha visto y sabe el indio. Preguntósele si era caliente la tierra donde vivían; dijo que no, seca, porque queman carbón por tener lejos la leña, y que hay mucha comida. En verdad todo lo que este indio ha dicho, y mucho más, nos habían dicho río arriba, adonde tuvo el capitán la tierra de paz, así como otras particularidades sobre quién hacía aquellas casas y labraba las tierras, a lo cual respondió, pero no lo pongo aquí por no alargar. Este indio era de edad 30 años, de mucha razón y muy bueno, y procuraba de saber muchas particularidades de nosotros.